

Michael
Connelly

LA HABITACIÓN EN LLAMAS

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

Título original: *The Burning Room*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo
con Little, Brown & Company, New York,
NEW YORK, USA. Todos los derechos reservados

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2014 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2017
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2017
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9104-745-2
Depósito legal: M. 9.322-2017
Printed in Spain

*Al detective Rick Jackson,
con agradecimiento por tu servicio a la ciudad de Los Ángeles,
espero que el segundo retiro dure.
¡Disfruta del golf!*

A Bosch le parecía una forma de sumar tortura a la tortura. Corazón estaba encorvada sobre la mesa metálica, con los guantes ensangrentados metidos en un torso destripado, trabajando con fórceps y un instrumento de hoja larga que ella llamaba el «cuchillo de la mantequilla». Corazón no era alta y se ponía de puntillas para poder llegar hasta el fondo con sus instrumentos. Apoyó la cadera contra el lateral de la mesa de autopsias para disponer de un punto de apoyo.

Lo que molestaba a Bosch de ese retablo truculento era que el cuerpo ya había sido violado durante mucho tiempo. Faltaban las dos piernas, habían amputado un brazo a la altura del hombro y las cicatrices quirúrgicas, pese a ser antiguas, seguían viéndose tiernas y rojas. La boca permanecía abierta en un grito silencioso. El hombre tenía la mirada dirigida hacia arriba, como si suplicara misericordia a su Dios. En el fondo, Bosch sabía que los muertos estaban muertos y ya no sufrían las crueldades de la vida, pero aun así tenía ganas de gritar: «¡Ya basta!». Quería preguntar: «¿Hasta cuándo? ¿Acaso la muerte no debería ser el alivio de las torturas de la vida?».

Sin embargo, Bosch no dijo nada. Se quedó en silencio y se limitó a observar, igual que había hecho antes en centenares de ocasiones. La necesidad de conseguir la bala que Corazón estaba tratando de arrancar de la columna vertebral del cadáver era más importan-

te que su indignación y el deseo de denunciar la sarta de atrocidades infligidas a Orlando Merced.

Corazón volvió a apoyar los talones en el suelo para descansar. Soltó el aire y por un momento su máscara antisalpicaduras perdió su nitidez. Miró a Bosch a través del plástico empañado.

—Casi está —dijo—. Y te digo que hicieron bien en no intentar extraerla entonces. Habrían seccionado la T-12.

Bosch se limitó a asentir, sabiendo que se estaba refiriendo a una de las vértebras.

Corazón se volvió hacia la mesa, donde estaba extendido todo su instrumental.

—Necesito otra cosa... —dijo.

Dejó el cuchillo de la mantequilla en un fregadero de acero inoxidable, donde un grifo abierto mantenía el agua hasta el nivel del desagüe. Después paseó la mano a la izquierda del fregadero, sobre el instrumental esterilizado, hasta que eligió un punzón largo y delgado. Volvió a meter las manos en el hueco del torso eviscerado de la víctima. Todos los órganos e intestinos se habían extraído, pesado y guardado en bolsas, dejando solo una carcasa formada por las costillas abiertas. Corazón se puso de puntillas otra vez y se valió de la fuerza de la parte superior del cuerpo y el punzón de acero para arrancar por fin la bala de la columna vertebral. Bosch oyó sonar el proyectil dentro de la caja torácica.

—¡La tengo!

Corazón apartó sus brazos del torso del cadáver, dejó el punzón y limpió los fórceps con la manguera fijada a la mesa. Después sostuvo en alto el instrumento para examinar su hallazgo. Pisó un botón del suelo para poner en marcha la grabadora y reanudó la grabación.

—Se retira un proyectil de la vértebra T-12 anterior. Está dañado y muy aplanado. Lo fotografiaré y lo marcaré con mis iniciales antes de entregárselo al detective Hieronymus Bosch, de la Unidad de Casos Abiertos del Departamento de Policía de Los Ángeles.

Corazón pulsó otra vez con el pie el botón de grabación para volver al *off the record*. Sonrió a Bosch desde detrás de la máscara de plástico.

—Lo siento, Harry, ya me conoces, me gustan las formalidades.

—No creía que lo recordaras.

Él y Corazón habían tenido una breve aventura, pero eso había ocurrido muchos años antes, y poca gente conocía el verdadero nombre de Harry.

—Claro que lo recuerdo —dijo ella en fingida protesta.

Teresa Corazón irradiaba una nueva aura de humildad que no existía en el pasado. Había ido ascendiendo hasta que terminó por conseguir lo que deseaba: el puesto de jefe de forenses y todo lo que eso conllevaba, incluido un programa de televisión. Sin embargo, cuando uno alcanza la cumbre de una institución pública, se convierte en político, y los políticos caen en desgracia. Teresa finalmente había caído desde lo más alto y volvía a encontrarse en el punto de partida, como ayudante de forense con un montón de casos, como todos los demás profesionales de la oficina. Al menos le habían permitido conservar su sala de autopsias privada. Por el momento.

Corazón llevó la bala a la mesa, donde la fotografió y luego la identificó con un rotulador negro indeleble. Bosch estaba preparado con una bolsita de pruebas, y ella la dejó caer allí. A continuación, él anotó en la bolsa las iniciales de ambos: rutina de la cadena de custodia. Examinó el proyectil deformado a través del plástico. A pesar de los daños, creía que era una bala de calibre 308, lo cual significaba que había sido disparada por un rifle. En ese caso, sería un dato significativo para la investigación.

—¿Te quedarás al resto o no querías nada más? —Corazón lo preguntó como si hubiera algo entre ellos.

Bosch levantó la bolsa de pruebas.

—Será mejor que ponga esto en marcha. Hay muchas miradas puestas en este caso.

—Claro. Terminaré sola. ¿Qué ha pasado con tu compañera, por cierto? ¿No estaba contigo en la sala?

—Tenía que hacer una llamada.

—Vaya, pensaba que quería dejarnos un rato a solas. ¿Le has hablado de nosotros? —Corazón sonrió y batió las pestañas.

Bosch apartó la mirada con torpeza.

—No, Teresa. Sabes que no hablo de esas cosas.

Corazón asintió.

—Nunca lo hiciste. Eres un hombre que guarda sus secretos.

Bosch la miró otra vez.

—Lo intento —dijo—. Además, eso fue hace mucho tiempo.

—Y la llama se ha apagado, ¿no?

Bosch volvió al tema de la autopsia.

—Sobre el caso, ¿algo diferente de lo que informó el hospital?

Corazón negó con la cabeza y demostró que también ella era capaz de dar un paso atrás.

—No, nada diferente. Sepsis. Infección sanguínea, por usar el término más común. Pon eso en tu comunicado de prensa.

—¿Y no tienes ningún problema en relacionar esto con el disparo? ¿Podrías testificar sobre eso?

Corazón estaba asintiendo antes de que Bosch hubiera terminado de hablar.

—El señor Merced murió de septicemia, pero voy a anotar que la causa de la muerte fue homicidio. Es un asesinato cometido hace diez años, Harry, y estaré encantada de testificar eso. Espero que la bala te ayude a encontrar al asesino.

Bosch asintió y cerró la mano en torno a la bolsa de plástico que contenía la bala.

—Eso espero yo también —dijo él.

Bosch subió en ascensor hasta la planta baja. En los últimos años, el condado había gastado treinta millones de dólares en renovar la Oficina del Forense, pero los ascensores se movían con la lentitud de siempre. Encontró a Lucía Soto en el muelle de carga posterior, apoyada en una camilla vacía y consultando su teléfono. Era bajita y bien proporcionada, cincuenta kilos a lo sumo. Llevaba un estilo de traje chaqueta que se había puesto de moda entre las mujeres detectives, porque permitía llevar la pistola en la cadera en lugar de en un bolso. Transmitía poder y autoridad de una forma en que un vestido nunca podría hacerlo. Ese traje en concreto era marrón oscuro, y Soto lo combinaba con una blusa color crema. Le sentaba bien con su piel suave y morena.

Levantó la mirada cuando Bosch se acercó y se incorporó de manera apresurada, como un niño al que pillan haciendo algo mal.

—La tengo —dijo Bosch.

Levantó la bolsa de pruebas que contenía la bala. Soto cogió la bolsa y examinó un momento el proyectil a través del plástico. Un par de camilleros se acercaron por detrás de ella y empujaron la camilla vacía hacia la puerta de lo que se conocía como la Gran Cripta. Era un nuevo agregado al complejo, un espacio refrigerado del tamaño de un gran supermercado donde se colocaban todos los cadáveres que llegaban hasta que se programara la autopsia.

—Es una bala grande —dijo Soto.

Bosch asintió.

—Y larga —añadió él—. Creo que hemos de buscar un rifle.

—Está muy deformada —valoró ella—. Aplanada.

Soto le devolvió la bolsa, y Bosch se la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Diría que hay suficiente para una comparación —dijo—. Suficiente para que tengamos suerte.

Los hombres de detrás de Soto abrieron la puerta de la Gran Cripta para meter la camilla. En el aire frío flotaba un desagradable olor químico que se extendía por el muelle de carga. Soto se volvió a tiempo de atisbar la gigantesca sala refrigerada. Fila tras fila de cadáveres en columnas de cuatro en un sistema de andamios de acero inoxidable. Los cuerpos estaban envueltos en sábanas de plástico opaco, con los pies al descubierto y etiquetas que colgaban de los dedos gordos y se mecían en la brisa generada por los respiraderos de la refrigeración.

Soto enseguida apartó la mirada, con la cara pálida.

—¿Estás bien? —preguntó Bosch.

—Sí, sí —dijo ella—. Me da un poco de grima.

—De hecho, es todo un avance. Antes, los cadáveres se amontonaban en los pasillos. A veces, los apilaban unos encima de otros después de un fin de semana movido. Apeataba.

Soto levantó una mano para que Bosch no continuara con la descripción.

—Por favor. ¿Hemos terminado?

—Sí.

Bosch se puso en marcha y Soto lo siguió, manteniéndose un paso por detrás de él. Ella tendía a caminar por detrás de Bosch, y él no sabía si se trataba de alguna clase de deferencia a su edad y rango o de otra cosa, como una cuestión de seguridad. Harry se dirigió a la escalera del fondo del muelle de carga, un atajo al aparcamiento de visitantes.

—¿Adónde vamos? —preguntó Soto.

—Llevaremos la bala a Armas de Fuego —explicó Bosch—. Hablando de tener suerte, hoy es miércoles de puertas abiertas. Luego iremos a recoger el archivo y las pruebas a Hollenbeck. Y nos pondremos en marcha.

—Vale.

Bajaron por la escalera y empezaron a cruzar el aparcamiento de empleados. El de visitantes estaba en el lateral del edificio.

—¿Ya has llamado? —preguntó Bosch.

—¿Qué? —dijo Soto, confundida.

—Has dicho que tenías que hacer una llamada.

—Ah, sí. Sí, he llamado. Perdona.

—No importa. ¿Has conseguido lo que necesitabas?

—Sí, gracias.

Bosch suponía que no había llamado a nadie. Sospechaba que Soto quería saltarse la autopsia, porque nunca había visto un ser humano eviscerado antes. Soto no solo era nueva en la Unidad de Casos Abiertos, sino también en Homicidios. Era el tercer caso en el que trabajaba con Bosch y el único con un cadáver lo bastante reciente para poder llevar a cabo una autopsia. Soto probablemente no había pensado en asistir a autopsias cuando había aceptado el puesto en Casos Abiertos. Las imágenes y los olores eran por lo general las cosas a las que más costaba acostumbrarse en el trabajo de homicidios. Casos Abiertos normalmente eliminaba las dos.

En los últimos años, el índice de criminalidad de Los Ángeles había descendido de manera notable, sobre todo, y más drásticamente, la cifra de homicidios. Esto había alentado un desplazamiento en las prioridades y prácticas de investigación del Departamento de Policía de Los Ángeles. Con pocos casos de asesinatos activos, el departamento incrementó el énfasis en resolver investigaciones estancadas. Más de diez mil homicidios no resueltos en los últimos cincuenta años daban mucho trabajo. La Unidad de Casos Abiertos casi había triplicado su tamaño durante el año anterior y en ese momento contaba con su propio equipo de mando: un capitán y

dos tenientes. Se habían trasladado muchos detectives experimentados desde Homicidios Especiales y otras unidades de elite de la División de Robos y Homicidios. Además, se había incorporado una nueva hornada de detectives jóvenes con escasa o nula experiencia en investigación. La filosofía que se transmitía desde la décima planta de la OJP (Oficina del Jefe de Policía) era que había un mundo nuevo, con nuevas tecnologías y nuevas formas de contemplar las cosas. Pese a que nada superaba el saber hacer del investigador, no hacía ningún daño combinarlo con nuevos puntos de vista y diferentes experiencias vitales.

Estos nuevos detectives (la «brigada hípster», como los llamaban algunos en plan de burla) optaban a un puesto en la Unidad de Casos Abiertos por diversas razones, que iban desde las conexiones políticas a una agudeza y talento particulares o a recompensas por heroísmo en el cumplimiento del deber. Uno de los nuevos detectives había trabajado en tecnologías de la información para una cadena hospitalaria antes de ingresar en la policía y había sido clave en la resolución del asesinato de un paciente mediante un sistema de recetas informatizadas. Otro había estudiado química con una beca Rhodes. Incluso había un detective que anteriormente había sido investigador en la policía nacional de Haití.

Soto tenía veintiocho años y llevaba menos de cinco en el cuerpo. Era una «manga lisa» (sin ningún galón de rango en su uniforme) y había dado el salto a detective gracias a su condición de dos por uno: era de origen mexicano y hablaba inglés y español con fluidez. Después, logró un pase de acceso más tradicional a las filas de los detectives al hacerse famosa de la noche a la mañana a raíz de un tiroteo mortal con atracadores armados en una licorería de Pico-Union. Ella y su compañero se enfrentaron a cuatro hombres armados. Él resultó herido de muerte, pero Soto abatió a dos de los delincuentes y retuvo a los otros dos en un callejón hasta que llegó el SWAT y terminó la captura. Los atracadores eran miembros de Calle 13, una de las bandas más violentas que actuaban en la ciu-

dad, y la heroicidad de Soto saltó a los periódicos, sitios web y pantallas de televisión. El jefe de la policía, Gregory Malins, le concedió después la medalla al valor del departamento. Su compañero también recibió el mismo honor a título póstumo.

El capitán George Crowder, nuevo jefe de la Unidad de Casos Abiertos, decidió que la mejor forma de manejar la afluencia de savia nueva en la unidad era separar los equipos existentes y emparejar a todos los detectives con experiencia en casos abiertos con un nuevo detective inexperto. Bosch era el mayor de la unidad y el que llevaba más años en el trabajo. Como tal, lo pusieron de pareja con la más joven: Soto.

—Harry, usted es el veterano —le había explicado Crowder—. Quiero que vigile a la novata.

Bosch, pese a que no le hacía demasiada gracia que le recordaran su edad y posición, se sintió encantado con el puesto. Estaba entrando en el que sería su último año en el departamento y ya había empezado la cuenta atrás de su Plan Opcional de Jubilación Postergada. Para él, cada día que le quedaba en el trabajo era oro. Cada hora tenía el valor de un diamante. Bosch pensaba que preparar a una detective inexperta y transmitirle todo lo que pudiera sería una buena forma de terminar su vida profesional. Cuando Crowder le comunicó que su nueva compañera sería Lucía Soto, Bosch se sintió complacido. Como todo el mundo en el departamento, había oído hablar de la proeza de Soto en el tiroteo. Bosch sabía qué era matar a alguien en acto de servicio, y también sabía qué era perder a un compañero. Comprendía la mezcla de pesar y culpa que afligiría a Soto. Pensaba que los dos podrían trabajar bien juntos y que podría formarla para que fuera una investigadora sólida.

Además, formar equipo con Soto le ofrecía a Bosch un pequeño plus. Como era una mujer, no tendría que compartir habitación de hotel cuando viajaran por un caso. Cada uno contaría con su propia habitación. Eso era algo importante. Las posibilidades de viajar

por un caso en la Unidad de Casos Abiertos eran altas. Muchas veces, quienes creían que se habían librado del peso de la ley se marchaban de la ciudad, con la esperanza de que poner distancia física entre ellos y sus crímenes también los alejaría del alcance de la policía. Bosch esperaba terminar sus días en el departamento sin tener que compartir un cuarto de baño ni tener que soportar los ronquidos u otras emisiones de un compañero en una pequeña habitación doble de un Holiday Inn.

Soto no había dudado en sacar su pistola en inferioridad numérica en un callejón de barrio, pero asistir a una autopsia era otra historia. Se había mostrado reticente esa mañana cuando Bosch le había dicho que tenían que ir a la Oficina del Forense. Lo primero que preguntó Soto fue si se requería que los dos compañeros de un equipo de investigación asistieran a la disección del cadáver. En la mayoría de los casos que investigaba la unidad, el cadáver llevaba mucho tiempo bajo tierra y la única disección era el análisis de viejos registros y pruebas. Casos Abiertos permitía a Soto trabajar en los casos más importantes —asesinatos— sin tener que presenciar una autopsia en directo ni tampoco pisar una escena del crimen.

O eso parecía hasta ese día, cuando Bosch recibió en su casa la llamada de Crowder.

El capitán le preguntó si había leído el *Los Angeles Times* de esa mañana y él, de acuerdo con la imperecedera tradición de desdén que existía entre las instituciones de la policía y los medios, le dijo que no recibía el periódico.

El capitán procedió entonces a contarle la noticia que ocupaba la primera página esa mañana y que fue el origen de la nueva misión de Bosch y Soto. Mientras escuchaba, Bosch abrió su portátil y fue al sitio web del periódico, donde la noticia también ocupaba un lugar destacado.

El diario informaba de la muerte de Orlando Merced. Diez años antes, Merced se había hecho famoso en Los Ángeles por ser la víctima accidental de un disparo en Mariachi Plaza, en la zona de Boy-

le Heights. La bala que hirió a Merced en el abdomen había cruzado la plaza desde cerca de Boyle Avenue, y se creía que se trataba de una bala perdida de una confrontación de bandas.

El disparo se produjo a las 16 h de un sábado. Merced tenía entonces treinta y un años y era miembro de un grupo de mariachis donde tocaba la vihuela, una especie de guitarra de cinco cuerdas que era el pilar de la música tradicional mexicana. Él y sus tres compañeros de grupo estaban entre los varios mariachis que esperaban trabajo en la plaza: un bolo en un restaurante o un cumpleaños o tal vez una boda organizada en el último momento. Merced era un hombre grande, de barriga abultada, y la bala que aparentemente llegó de ninguna parte astilló la caoba de su instrumento y luego le atravesó el vientre antes de alojarse en la parte anterior de su columna.

Merced se habría convertido en una víctima más en una ciudad donde los medios casi pasan de largo: una crónica de treinta segundos en los canales de noticias en inglés, un artículo de cuatro párrafos en el *Times*, un poco más de longevidad en los medios en español.

Sin embargo, un simple giro del destino cambió eso. Merced y su grupo, Los Reyes Jalisco, habían actuado tres meses antes en la boda de un concejal, Armando Zeyas, y este estaba preparando una campaña para la alcaldía.

Merced sobrevivió. La bala le causó una lesión medular y lo dejó parapléjico, pero también lo convirtió en un símbolo. Cuando la campaña por la alcaldía cobró forma, Zeyas lo sacó en su silla de ruedas en todos los mítines y discursos políticos. Utilizó a Merced como ejemplo del abandono que sufrían las comunidades de la zona este de Los Ángeles. El índice de delincuencia era alto y la atención policial baja: todavía tenían que pillar al que había disparado a Merced. La violencia de las bandas campaba sin control, los servicios municipales básicos y los proyectos a largo plazo, como la extensión de la línea dorada del metro, estaban retrasados. Zeyas prometió que sería el alcalde que cambiaría eso, y usó a Merced y el este de Los Ángeles para forjar una base y una estrategia que lo separaron de un

nutrido grupo de contendientes. Llegó a la segunda vuelta y se impuso con facilidad. Merced se mantuvo siempre a su lado, sentado en la silla de ruedas y vestido con su traje de charro, en ocasiones incluso con la camisa manchada de sangre del día del tiroteo.

Zeyas cumplió dos mandatos. El este de Los Ángeles recibió nueva atención del municipio y la policía. La criminalidad descendió. La línea dorada se alargó —incluso con una parada en Mariachi Plaza—, y el alcalde se regodeó en sus logros. Sin embargo, nunca detuvieron a la persona que disparó a Orlando Merced, y con el tiempo la bala se cobró una tremenda factura. Varias infecciones condujeron a numerosas hospitalizaciones y operaciones. Merced primero perdió una pierna, luego la otra. Para añadir humillación a las heridas, el brazo con el que había tocado el instrumento que producía los ritmos de música popular mexicana le fue amputado.

Y, finalmente, Orlando Merced había muerto.

—Ahora la pelota está en nuestro campo —le había dicho Crowder a Bosch—. No me importa lo que diga el maldito periódico, hemos de decidir si es un homicidio. Si su muerte puede atribuirse médicamente a ese disparo de hace diez años, abrimos un nuevo caso y usted y *Lucky Lucy* se ponen con él.

—Entendido.

—La autopsia tiene que decir que es un homicidio o todo esto muere con Merced.

—Entendido.

Bosch nunca rechazaba un caso, porque sabía que le quedaban pocos. Aun así, no pudo evitar preguntarse por qué Crowder estaba confiando la investigación de Merced a él y a Soto. Crowder sabía desde el principio que se sospechaba que el balazo que había recibido Merced había salido de un tiroteo de bandas. Eso significaba que la nueva investigación se centraría casi por completo en *White Fence* y en las otras destacadas bandas del este de Los Ángeles que actuaban en *Boyle Heights*. Iba a ser esencialmente un caso en español, y aunque Soto evidentemente hablaba español con fluidez, Bosch tenía

un conocimiento muy limitado del idioma. Podía pedir un taco en un *food truck* y decirle a un sospechoso que se pusiera de rodillas y colocara las manos en la nuca. Sin embargo, llevar a cabo entrevistas importantes e incluso interrogatorios en español aún no estaba a su alcance. Eso le tocaría a Soto y, a juicio de Bosch, a ella todavía le faltaba experiencia para hacerlo. Había al menos otras dos parejas en la unidad que hablaban español y contaban con más experiencia. Crowder debería haber optado por una de ellas.

El hecho de que el capitán no hubiera tomado la decisión obvia y correcta hacía sospechar a Bosch. Por un lado, la orden de ponerlos a él y Soto en el caso podría haber salido de la OJP. Sería una investigación delicada con los medios y tener en el caso a Soto, la heroína del departamento, podría contribuir a una respuesta positiva de la prensa. Una alternativa más oscura era que Crowder quisiera que el equipo Bosch-Soto fracasara y socavar públicamente la decisión del jefe de policía de romper con la tradición y la experiencia al formar la nueva Unidad de Casos Abiertos. Que el jefe hubiera antepuesto a varios agentes jóvenes e inexpertos a detectives veteranos que esperaban turno en las brigadas del Departamento de Robos y Homicidios no había caído bien entre la tropa. Tal vez Crowder quería poner en evidencia al jefe por hacerlo.

Bosch trató de dejar a un lado la especulación sobre los motivos al doblar la esquina y entrar en el aparcamiento de visitantes. Pensó en el plan para el día y se dio cuenta de que estaban a menos de un kilómetro de la comisaría de Hollenbeck y más cerca incluso de Mariachi Plaza. Podían tomar Mission Street hasta la 1 y luego pasar por debajo de la 101. Diez minutos a lo sumo. Decidió invertir el orden de las paradas que le había comunicado a Soto.

Estaban a medio camino del coche cuando Bosch oyó que llamaban a Soto desde atrás. Al volverse, se encontró con una mujer que cruzaba el aparcamiento de empleados con un micrófono inalámbrico. Detrás de ella, un hombre se esforzaba en mantener la cámara levantada mientras pasaba entre los coches.

—Mierda —soltó Bosch.

Se volvió para ver si había más. Alguien, tal vez Corazón, había avisado a los medios.

A Bosch le sonaba la mujer, aunque no podía recordar de qué programa o conferencia de prensa. Pero no la conocía, y ella no lo conocía a él. La mujer se acercó directamente a Soto con el micrófono. Soto era más interesante para los medios. Al menos, en la historia reciente.

—Detective Soto, soy Katie Ashton, de Channel Five, ¿me recuerda?

—Eh, creo...

—¿La muerte de Orlando Merced ha sido considerada oficialmente un homicidio?

—Todavía no —dijo Bosch con rapidez, aunque no estaba en cámara.

Tanto el cámara como la periodista se volvieron hacia él. Salir en las noticias no le hacía gracia, pero quería ir unos pasos por delante de los medios en el caso.

—La Oficina del Forense está evaluando la historia clínica de Merced y tomará una decisión al respecto. Esperamos saber algo muy pronto.

—¿Esto reiniciará la investigación del caso del señor Merced?

—El caso sigue abierto y es lo único que puedo decir en este momento.

Sin pronunciar una palabra más, Ashton dio un giro de noventa grados hacia su derecha y puso el micrófono debajo de la barbilla de Soto.

—Detective Soto, le concedieron la medalla al valor del Departamento de Policía de Los Ángeles por el tiroteo de Pico-Union. ¿Ahora acabará con el que disparó a Orlando Merced?

Soto pareció momentáneamente desconcertada, pero enseguida contestó.

—No voy a acabar con nadie.

Bosch se interpuso al cámara que se había movido para grabar por encima del hombro de Ashton. Alcanzó a Soto y se la llevó hacia el coche.

—Nada más —dijo—. No hay más comentarios. Llamen a Relaciones con los Medios si quieren alguna otra cosa.

Dejaron a la periodista y el cámara allí y caminaron con rapidez hacia el coche. Bosch se sentó al volante.

—Buena respuesta —dijo al arrancar.

—¿A qué te refieres? —respondió Soto.

—A lo de acabar con el asesino de Merced.

—Ah.

Salieron a Mission y se dirigieron hacia el sur. Cuando se alejaron unas manzanas de la Oficina del Forense, Bosch se acercó a la acera y detuvo el coche. Tendió la mano a Soto.

—Déjame ver tu teléfono un segundo —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Soto.

—Déjame ver tu teléfono. Has dicho que tenías que hacer una llamada cuando he entrado a la autopsia. Quiero ver si has llamado a esa periodista. No puedo tener a una compañera que informa a los medios.

—No, Harry, no la he llamado.

—Muy bien, entonces, déjame ver tu teléfono.

Soto le entregó el teléfono con aire indignado. Era un iPhone, el mismo que tenía él. Bosch abrió el registro de llamadas. Soto no había llamado a nadie desde la tarde anterior. Y la última llamada que había recibido era la de Bosch de esa mañana, hablándole del caso que les había tocado.

—¿Le has enviado un mensaje?

Abrió la aplicación de mensajes y vio que el último que había enviado era a alguien llamado Adriana. Estaba en español. Entregó el teléfono a su compañera.

—¿Quién es? ¿Qué dice aquí?

—Es una amiga. Mira, no quería entrar en esa sala, ¿vale?

Bosch la miró.

—¿Qué sala? ¿Qué estás...?

—La autopsia. No quería tener que ver eso.

—Entonces ¿me has mentado?

—Lo siento, Harry. Es embarazoso. No creo que pueda soportar eso.

Bosch le devolvió el teléfono.

—No me mientas, Lucía.

Harry miró en el retrovisor lateral y arrancó. Permanecieron en silencio hasta que llegaron a la calle 1 y Bosch se pasó al carril de giro a la izquierda. Soto se dio cuenta de que no iban a llevar la bala al Laboratorio Regional de Criminalística.

—¿Adónde vamos?

—Estamos en el barrio. Pensaba echar un vistazo a Mariachi Plaza unos minutos, y luego ir a buscar el expediente a Hollenbeck.

—Ya veo. ¿Y Armas de Fuego?

—Lo haremos después. ¿Está relacionado con el tiroteo... que no quisieras asistir a la autopsia?

—No. Bueno, no lo sé. Simplemente no quería ver eso, nada más.

Bosch lo dejó estar por el momento. Al cabo de dos minutos estaban acercándose a Mariachi Plaza y Bosch vio dos camiones de televisión aparcados con las antenas preparadas para informar en directo.

—Están en todas partes —dijo—. Ya volveremos.

Bosch pasó de largo. Ochocientos metros más adelante llegaron a la comisaría de Hollenbeck. El edificio, nuevo y moderno, con paneles de cristal en ángulo que formaban una fachada que reflejaba el sol en múltiples direcciones, parecía más la sede de una gran empresa que una comisaría. Bosch metió el coche en el aparcamiento de visitantes y paró el motor.

—Esto va a ser agradable —dijo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Soto.

—Ya verás.